

Rueca: Una pensión para universitarias

Contexto y lazos familiares

Si las revistas literarias fueran las casas donde, por un tiempo más o menos prolongado, se instalan los escritores para cohabitar al estilo de las familias mexicanas, *Rueca* se antojaría una pensión para jóvenes universitarias que, en espera de un fatídico matrimonio, reivindicaron públicamente su vocación por las letras. *Rueca* era una casa de solteras que, entre disciplinadas y audaces, pretendían compartir, con los otros miembros de la familia literaria del México avilacamachista, la doble tarea de inventar una arquitectura nacional y de albergar, entre sus páginas, a los perseguidos de la Guerra Civil española y de la Segunda Guerra Mundial. *Rueca* nació en el otoño de 1941, cuando ya habían comenzado a llegar a México los intelectuales españoles desterrados por el franquismo y cuando Europa estaba ocupada por los ejércitos nazis.

Sus hermanos mayores eran los editores de *Tierra Nueva* (1940-1942): Jorge González Durán, José Luis Martínez, Ali Chumacero y Leopoldo Zea. Al igual que estos jóvenes universitarios, su padrino de bautizo fue Alfonso Reyes que, además de un nombre para sus respectivas revistas, les dio su aval intelectual y algunos de sus propios ladrillos para cimentar las fundaciones. Sobre el bautizo de la revista, cuenta Carmen Toscano: "La rueca resulta un bello instrumento de poesía y no el instrumento de esclavitud femenina que pudiera suponerse. El hallazgo del nombre se lo debemos a Alfonso Reyes, al pequeño juguete que había sobre alguno de sus libreros y que Manuelita, su esposa, tomó una vez para sacudir, mientras don Alfonso escribía un poema. ¿Cómo le pondremos a la revista?, habíamos preguntado al Maestro. Y unos días después, alborozado, nos dice el nombre: *Rueca*, y con aquella su gracia inolvidable nos cuenta la anécdota y la salpica de historias." Era "la rueca que gime y que ronca" de Paul Valéry.

La hermandad con *Tierra Nueva* no se debió únicamente al cobijo común del "alma mater", es decir, de la Universidad Nacional Autónoma de México, sino también al espíritu que animó las dos revistas. Según palabras de José Luis Martínez, el grupo de *Tierra Nueva* buscaba "el equilibrio entre la tradición y la modernidad, entre el entusiasmo iconoclasta de la juventud y la aceptación de un rigor en la formación literaria." *Rueca* recogió, aunque en una forma más acentuada aún, la ponderación de *Tierra Nueva* y su disposición a honrar los

prestigios ya hechos. Si, como lo señala Rafael Solana, *Tierra Nueva* "no fue una revista de combate, ni fue su finalidad derribar ídolos", *Rueca* dedicó buena parte de sus páginas a levantar altares a sus maestros que, por lo demás, ya estaban más que incensados por la cultura oficial. No es exagerado afirmar que, en el periodo que duró la revista, no escribió Agustín Yáñez una sola línea que no fuera comentada y alabada por María del Carmen Millán.

La mayoría de los hermanos mayores de *Tierra Nueva*, al finalizar en 1942 su revista, se mudaron a la casa mucho más vanguardista y universal de *El hijo pródigo* que se inauguró en la primavera de 1943, bajo la dirección de Octavio G. Barreda. La filiación de esos "hijos pródigos" remontaba a los "Contemporáneos" y pasaba por los breves recodos de *Taller poético* (1936-1938) y de *Taller* (1938-1941). A pesar de que acogieron la rama de los "Tierra Nueva", los "hijos pródigos" no profundizaron el trazo con esa primas lejanas de *Rueca* que heredaban, algunos con cortés benevolencia y otros con descarada mofa. Lo cierto es que la singular brillantez de la revista *El hijo pródigo* impediría por sí sola establecer un lazo sanguíneo con la opaca y prudente *Rueca*. Es por lo demás asombro-



Dibujos de Rogelio H. Rangel

so que el poeta más notable de *El hijo pródigo*, Octavio Paz, haya merecido una única atención femenina: *Libertad bajo palabra* es el objeto de la última reseña del último número de *Rueca*.

Nacimiento y propósitos

A pesar del retrato de familia que acabo de esbozar, el nacimiento de *Rueca* fue una especie de accidente extraliterario que marca la historia de las revistas mexicanas al tiempo que impide su inscripción en una tradición puramente literaria. Su nacimiento obedeció a una voluntad más histórica o social que a un programa literario. Un grupo de alumnas de la Facultad de Filosofía y Letras se propuso mostrar que las mujeres también eran capaces de hacer una revista literaria, aunque quedó muy claro desde un principio que no había en su voluntad ningún pronunciamento feminista. Capitaneadas por Carmen Toscano que traía el “disco de una revista” desde varios años atrás, las editoras eran: María Ramona Rey, Pina Juárez Frausto, Ernestina de Champourcin, Emma Sánchez Montalvo y Emma Saro, a las que se reunió, desde el segundo número, María del Carmen Millán. La mayor hazaña de *Rueca* fue haber nacido y existido en una década —los cuarenta—, en la que todavía la mujer era una especie escasa en las aulas universitarias y aún más en la vida pública del país. Desgraciadamente, como se verá en adelante, el contenido de la revista desmerece ante la audacia y el valor de la empresa por sí sola. Algunas de las editoras ya habían publicado una que otra colaboración en las revistas que antecedieron a *Rueca*: era el caso de Carmen Toscano, la mayor del grupo, y de Pina Juárez Frausto que, gracias a su novio y futuro esposo Jorge González Durán, había colaborado en el número uno de *Tierra Nueva*. Ahí también publicó María Ramona Rey un cuento filosófico del que se burló despiadadamente Salvador Novo, y María del Carmen Millán, un predecible texto sobre Agustín Yáñez. Pero si bien las acogían en las revistas existentes, era impensable que las invitaran a formar parte de los comités editoriales como, con muy raras excepciones, sigue sucediendo en las revistas literarias de México. Con esta comprensible frustración se lanzaron a la aventura editorial de la que asumieron todos los riesgos y los aprendizajes, desde la escritura hasta la hechura misma de la revista en una forma independiente. Si sufrieron el aislamiento debido al machismo ambiental y a la difícil penetración de las mujeres en las “peñas” literarias de la época, por otro lado, su condición de mujer las ayudó en más de una ocasión para conseguir anuncios de publicidad, papel, suscriptores, porque la otra cara del machismo mexicano reside en la imposibilidad de negarle algo a una mujer. Vale la pena precisar que ninguna de ellas correspondía al prototipo de la estudiosa apocada detrás de unos lentes de fondo de botella y que, al contrario, se distinguían por su belleza.

Aparte de Carmen Toscano, que aventajaba al resto del grupo con unos años, con algo de experiencia literaria que había cosechado en el trato con los amigos escritores de su hermano Salvador y también con un marido un poco más liberal que lo común, las editoras de *Rueca* andaban rozando los veinte años y apenas digerían las enseñanzas de sus maestros

Julio Torri, José Gaos y Alfonso Reyes, entre otros. La llegada de Ernestina de Champourcin fue decisiva para ensanchar el horizonte de *Rueca*. Aunque no participaba en las tareas editoriales, Ernestina de Champourcin trajo, además de sus propios textos y poemas, las colaboraciones de María Zambrano y de Concha Méndez, con quienes había convivido en la revista *Hora de España*. Fue también gracias a ella que Juan Ramón Jiménez se volvió suscriptor y eventual colaborador de *Rueca*. De Ernestina de Champourcin, escribió Juan Ramón Jiménez en su *Españoles de tres mundos*: “Una nube fogueante, silenciosa chamarasca de agujas al rojoblanco, un alto laberinto de enredo cegador, un diademador enjambre de espinas de alas viene tras, sobre ella.” Sin duda, Ernestina de Champourcin fue, junto con Carmen Toscano, lo que suele llamarse “el alma” de la revista.

Los invitados y las anfitrionas

Un simple cotejo de *Rueca* con *Tierra Nueva* o *El hijo pródigo*, o incluso con *Letras de México*, permite observar que los escritores invitados por las editoras no reservaban para éstas lo mejor de sus creaciones. Esto se verifica por ejemplo en las breves notas de Xavier Villaurrutia “Sobre la novela, el relato y el novelista Mariano Azuela” que aparecieron en el número cinco (invierno de 1942) de *Rueca*. Nunca Xavier Villaurrutia entregó a la revista femenina uno de sus poemas que difundía en las otras revistas de la época. Nada extraño si se piensa que las muchachas debían corretear a los escritores, con un ejemplar de *Rueca* en la mano, para ablandarles el corazón y apurarles el fondo de sus cajones. Así le sustrajeron a Pablo Neruda “Tres poemas” (núm. 4, otoño 1942) durante una visita del poeta chileno a México. Otros colegas fueron más constantes y benévolos como Alí Chumacero, José Luis Martínez,



Efraín Huerta y Rafael Solana, a quienes, por lo demás, las editoras retribuían con comentarios de sus libros más recientes y con el premio “Rueca” que otorgaron en dos ocasiones: a Rafael Solana y a Ali Chumacero por sus libros de poesía *La música por dentro* (1943) y *Páramo de sueños* (1944).

En una evocación de Sor Juana Inés de la Cruz (núm. tres, verano 1942) José Luis Martínez deslizaba en su texto una pequeña broma para las musas de *Rueca*. Escribía el crítico: “Respecto al *Primer sueño* no hay más cumplido elogio que decir de él, que no parece escrito por pluma femenina sino por pluma de varón —siempre que el tal fuera paradigma de las características más altas que el sexo generosamente se atribuye.” Más que demostrar el sentido del humor de las editoras, esta pequeña observación que ahora haría saltar a más de una feminista, parece ser un criterio compartido por las escritoras de *Rueca* y abunda en la visión que ellas mismas tenían de la creación femenina.

En efecto, de sus propios textos se desprenden las virtudes que más celebran en las creaciones de mujeres, es decir, la discreción, la sobriedad y una mayor similitud posible con las creaciones varoniles. María Ramona Rey elogia por ejemplo la discreción femenina del estilo de los *Testimonios* de Victoria Ocampo (núm. tres, verano 1942), lo cual puede sorprendernos en el caso de la directora de *Sur*, tan afamada por sus opiniones tajantes y vanguardistas. Pina Juárez Frausto dedica un ensayo (núm. 4, otoño 1942) a “Virginia Woolf y sus novelas”, en el que pretende mostrar que Virginia Woolf no pudo solucionar en su obra de creación las preguntas que se hacía en torno a la condición femenina. Y concluye: “Es lástima que Virginia Woolf caiga en lo que combate. Se entretiene en la lucha partidista y desperdicia la posibilidad de crear en un campo más vívido y más rico en sensibilidad.” Parece que el duende de la errata quiso vengar a Virginia Woolf de las injustas condenas de Pina Juárez Frausto y desapareció de una palabra una letra, produciendo así la errata más memorable de la revista. Dice el texto: “Es cierto que la obra literaria nunca debe tener como fin esencial agradar estrictamente los gustos del público...” En el campo pictórico, Frida Kahlo les causa una reacción mitigada. Ilustran el número diez (primavera 1944) con unos cuadros suyos, al tiempo que afirman en un comentario sobre su pintura: “Esta melancolía de la sangre llega a ser morbosa. La melancolía de la sangre le ha constreñido su imaginación llevándola a un afán de perfección en el sentir que la trastorna...”

Entre los varios textos dedicados a la creación femenina y a los inevitables temas de “La mujer en la obra de...”, se destaca el ensayo de María Zambrano titulado “Las mujeres de Galdós” (núm. 4, otoño 1942). Es un texto interesante en el que, precisamente porque se despreocupa de los escollos ideológicos que a toda costa querían evitar las escritoras mexicanas, María Zambrano analiza con inteligencia y algo de beligerancia la figura de la mujer en la literatura española. Propone una tipificación de las primeras mujeres de carne y hueso que entraron en la tradición española con las novelas de Galdós.

En cuanto a las creaciones de las editoras de *Rueca*, es significativo que muy pocas ocuparan un lugar central en la revista; éste se reservaba a los invitados consagrados o simplemente



varoniles, como si las muchachas repitieran en las páginas de su revista los buenos modales que habían aprendido para sentar a los comensales en la mesa de su casa. Sus textos se intercalan con discreción entre los discursos sancionados, también como suele ponderarse la participación de las mujeres *comme il faut* en la conversación de sobremesa. En la poesía sobresalen Ernestina de Champourcin, Carmen Toscano y Concha Méndez, al lado de composiciones de rigurosa métrica pero de dudoso lirismo, que el tiempo, por sí solo, mandó al justo olvido. Las prosas son, en su conjunto, de una calidad inferior a la poesía. En ellas se refleja la preocupación general de la época por la búsqueda de una mexicanidad o, por lo que Carlos Monsiváis llamó: “la caza de rasgos típicos que se convierte en deporte nacional”. Pero, como lo afirma el crítico mexicano, si “*Tierra Nueva* no escapa al sino de la época, pero su nacionalismo bien orientado, resiste las tentaciones del mal gusto”; en *Rueca*, más que de mal gusto, esta búsqueda es de una debilidad creativa extrema. La otra vertiente de la narrativa publicada en *Rueca* es la que tiene como tema la Guerra Civil española: son evocaciones de escenas, personajes, episodios o nostalgias que tampoco se caracteriza por una fuerza narrativa notable. La impresión general que causa la narrativa es la de un afán realista que se expresara inadecuadamente en un lirismo acartonado y engolosinado consigo mismo. Es inevitable la sensación de que “nada sucede” en los cuentos de estas escritoras, y también de que el hecho de que “nada suceda” no ha sido deliberado.

Las reseñas de libros —el termómetro más fiel de la temperatura de una revista— se reparten, como ya lo he dicho, entre la celebración de las figuras consagradas y el reconocimiento a los hermanos mayores de *Tierra Nueva*. También procuran dar atención a los libros escritos por mujeres como Victoria Ocampo, Rosa Chacel, Anna Seghers o María Rosa Lida, entre otras. Un tono didáctico recorre los comentarios, sea en el reproche o en la alabanza. Si algún joven poeta erra en un

primer libro, se le recuerda con paciencia pero también con firmeza, los caminos de una buena poética. Prevalece la opinión de que la literatura *sirve* para el conocimiento: del alma humana, si la creación es de corte psicológico, o del país si es de corte realista. Por ejemplo, *El luto humano* de José Revueltas es, para Pina Juárez Frausto, una novela que nos adentra en el conocimiento de la realidad mexicana, de la misma manera que *Mañanas en México* de D. H. Lawrence ofrece la oportunidad de conocer a México visto de lejos, según el criterio de María del Carmen Millán.

Banquetes y otras celebraciones

Durante su vida regulada por el ritmo de las estaciones, *Rueca* echó la casa por la ventana para organizar dos banquetes, el primero en honor a Francia (número once, verano 1944) y, el segundo, a Estados Unidos (número quince, verano 1945). La invitación no estaba del todo desinteresada. El número especial dedicado a un país extranjero comprometía a la embajada aludida a cooperar en el "Homenaje Rueca" al mejor libro del año, en la forma de una recepción y de la entrega de una simbólica rueda de plata. El número dedicado a Francia abre con un poema de Jules Supervielle "Famille de ce monde" en su versión original y en la traducción de José Carner, al que siguen un delicioso ensayo de Alfonso Reyes titulado "Juan Jacobo sale al campo", un breve ensayo de Bernardo Ortiz de Montellano sobre "Baudelaire y López Velarde", un fragmento de *Los hombres de buena voluntad* de Jules Romains, un ensayo de Xavier Villaurrutia sobre "Caillois y Rougemont", y varias evocaciones de Francia por parte de Victoria Ocampo, Rafael Solana y, *noblesse oblige*, del embajador de entonces, que escribe unas inmejorables páginas de chauvinismo lírico. El número dedicado a Estados Unidos da preferencia a la poesía, desde la publicación de "El cuervo" de E. A. Poe en inglés con la versión que al español hizo Enrique González Martínez, hasta los ensayos de José Luis Martínez sobre "Nuestra imagen de la literatura norteamericana", de Arqueles Vela sobre "El cuervo" de Poe, y de José Attolini sobre "La poesía norteamericana contemporánea". En este último los ataques a Pound y a Eliot por razones ideológicas son virulentos. El rápido panorama termina con esta aclaración no menos sintomática de la estrechez ideológica de su autor: "Deliberadamente omito aquí muchos nombres importantes, y no menciono a ninguna mujer ni a ningún poeta negro".

Otra actividad esporádica de la editorial *Rueca* fue la publicación de algunos libros que se financiaban con las pocas ganancias de la revista. El primero fue una selección y una traducción de Ernestina de Champourcin de los *Sonetos del Portugués* de la escritora romántica inglesa Elizabeth Barrett Browning (verano 1942). Le siguieron: *Nostalgia de mañana*, poemas de Marina Romero (otoño 1943), un estudio de Emile Noulet sobre *Paul Valéry* (verano 1945), dos libros de poesía de Concha Méndez que vieron la luz en 1944: *Poemas de sombras y sueños* y *Villancicos de Navidad*, y una *plaque* de Bernardo Ortiz de Montellano: *Una botella al mar* en el verano de 1945. También editó *Rueca* dos tesis de sus integrantes: la primera, de Laura Elena Alemán sobre *La naturaleza en la*



poesía de John Keats y la segunda, muy tardía puesto que se publicó hasta 1974, de María Ramona Rey, titulada *Díaz Mirón o la exploración de la rebeldía* y que fue su tesis doctoral en la Sorbona de París. Años después, declararía Carmen Toscano: "Tales fueron las publicaciones que pudimos lograr, con un fracaso de distribución y de venta absolutos en cada caso."

Muerte y resurrección de Rueca

Al final del verano de 1945, cuando renacía la Europa liberada y Simone de Beauvoir acababa de publicar su ensayo *Pyrrhus et Cinéas*, murió *Rueca* de una epidemia de matrimonio. "El principal motivo de dispersión fue el matrimonio -afirmó Carmen Toscano. Solamente Emma Saro y yo, casada ya desde el primer momento, quizá por el entrenamiento que teníamos, pudimos resistir la doble tarea." Con la misma terquedad con la que había patrocinado la aventura, Carmen Toscano quiso revivirla, pasando la estafeta a tres muchachas, Lucero Lozano, Martha Medrano y Helena Beristáin, que, por su semejanza con el grupo fundador, juzgaba las dignas herederas de la revista. Pero las delfinas sólo alcanzaron a realizar dos números: uno en el otoño de 1948 y otro en el invierno de 1951-1952. La fe se había perdido y tal vez, las necesidades ya eran otras.

A modo de conclusión, cedo la palabra a Carmen Toscano quien un día recapituló: "Tal vez *Rueca* fue sólo una aventura, con todo ese encanto del riesgo y de la probabilidad. La dejamos que corriera, la agotamos, no la vivimos a medias. Quizá queríamos recorrer el archipiélago, conocer otras islas, conocer el mundo. Mar adentro, no pudimos llegar, nos detuvo el ruido de la guerra, el espanto de la muerte y de la nada. Incursionamos por donde pudimos, dialogamos con seres inteligentes. Vivimos nuestro propósito. Volvimos de nuestro viaje con nostalgia, pero sin tristeza." ◇